

LAS MÚLTIPLES INTERPRETACIONES DE UN MISMO SUJETO, O DE LAS ESCUELAS SOCRÁTICAS MENORES

Pavel Pérez Pérez

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

Si ponemos a leer a dos o más personas un mismo texto, nos darán interpretaciones que pueden ser muy diferentes, opuestas, antagónicas, compartidas, similares. Lo mismo pasa cuando vemos una película, una serie, cuando escuchamos una canción. Con ello, es razonable pensar que dos o más alumnos van a comprender a un profesor de diferente forma. Justo esto es lo que quiero ejemplificar, pues retomaré las tres escuelas socráticas menores e intentaré entender cómo es que, de un mismo sujeto, se crearon escuelas tan diferentes entre sí.

Sócrates

Antes de hablar de las escuelas va a ser preciso que empiece por el maestro, Sócrates. Nacido entre 470 y el 469 a.C., hijo de Sofronisco y Fenareta, fue un filósofo ágrafo por lo cual no tenemos un testimonio de sus pensamientos

de primera mano, y como se dedicó gran parte de su vida a discutir con gente en los mercados, plazas y lugares públicos, es difícil tener una reconstrucción precisa sobre sus ideas. Es un reto entonces tener la imagen del *Tábano* en su máximo esplendor, pero se puede llegar a un aproximado gracias a que varios pusieron por escrito las ideas que él les transmitió; por ello, remitiré a los escritos de Platón y Jenofonte como las mejores fuentes; además, me apoyaré también en Diógenes Laercio, con quien es posible identificar varias ideas de la filosofía del ateniense. De igual manera aludiré a Aristófanes, conocido como un oponente que ridiculizó a Sócrates.

Empezaré con los amigos, Jenofonte¹ y Platón.² Ellos nos hablaron de un Sócrates humilde y justo, que no fue irrespetuoso con nadie,

¹ Jenofonte, Cap. VIII, *La vida y doctrina de Sócrates*, Valencia, Prometeo, s/a.

² Platón, *Diálogos*, México, Porrúa, 2013.

ni siquiera con aquel que tuviera una opinión contraria a la de él, es más, nos presentaron a un gran argumentador que encontraba los errores de sus oponentes y les demostraba lo equivocados que estaban, siendo Platón quien más destacó la parte irónica, analítica, dialéctica y lógica de la avispa ateniense. Por otro lado está Diógenes Laercio, quien nos presentó agregados más anecdóticos que sustanciales, pues su dedicación fue recoger declaraciones de distintas fuentes de esa época y ponerlas en su libro, donde le escribió un apartado exclusivo al *Moscardón*; aquí lo describió como alguien de aspecto descuidado y pobre, además que denotó por igual su carácter rebelde y problemático; sin embargo, yo alcanzo a ver que también lo retrató como inquisidor y persuasivo.³ Por último está Aristófanes, que fue un humorista del teatro, quien creó una concepción completamente diferente del *Tábano*, pues lo criticó al representarlo como un pedante ridículo que imaginaba soluciones tontas a problemas que nadie había pensado, y con ello destacó al hijo de Sofronisco como un fantasioso. Incluso, Aristófanes destacó las cualidades del *Tábano* como negativas y dignas de mofa, esto en su obra *Las Nubes*.⁴

Queda claro que en todas estas versiones Sócrates era un ser lleno de dudas. Era irónico con sus oponentes a la hora de preguntar y analizar, nunca paró de argumentar ni llegó a decir sus opiniones de nada, sin embargo, lo que siento

que está más presente en estos autores es el uso de su filosofía, que justo ahora reconstruiré con el trabajo que hicieron Giovanni Reale y Dario Antiseri en su texto, *Historia de la Filosofía 1. Filosofía Pagana Antigua*.

El primer asunto a considerar es el alma. Sócrates creía que cada hombre tenía su propia alma y regía su vida gracias a ella. Lo primero es razonable según la filosofía socrática, pues el filósofo siempre remitía a la esencia de las cosas; lo segundo lo sostenía considerando al alma como la razón individual, pues él pensaba que cada hombre tiene un alma en particular, pues el alma es la esencia del individuo, y como es esencia, no puede ser la misma para cada hombre, por ende, cada uno tiene su esencia propia. Como Sócrates postulaba el cuidado de uno mismo, el alma entonces es la conciencia del individuo y su personalidad intelectual y moral, por ende, cuidarse a sí mismo es cuidar la esencia, cuidar el alma.⁵ A esto último, Sócrates le llamaba virtud (*areté*), pues es una capacidad que tiene el alma (*psyjé*). Sócrates pensaba que el fin de la virtud es cuidar el alma puesto que él veía a la virtud como la capacidad de conocer, y qué mejor virtud que conocerse a uno mismo, así como dicen Giovanni Reale y Dario Antiseri: “[...] desde el momento en que el alma es lo que lo diferencia de cualquier otra cosa [entiéndase de la esencia]. Por ‘alma’ Sócrates entiende nuestra razón y la sede de nuestra actividad pensante y éticamente operante”.⁶

³ Diógenes Laercio, *Vidas de los más ilustres filósofos*, Madrid, Alianza, 2007, pp. 99-111.

⁴ Aristófanes, *Las nubes*, Madrid, Alianza, 2003, pp. 36-61.

⁵ Reale, Giovanni; Dario Antiseri, *Historia de la Filosofía 1. Filosofía Pagana Antigua*, Bogotá, 2007, p. 151.

⁶ Idem.

El segundo tema es la moral socrática. El alma es la esencia y razón de la persona, y la virtud es el conocimiento o ciencia que podemos conocer a través del alma, como potencia de la misma. Sócrates entendería que a través de los diálogos que tenía con otros griegos podría conocer cómo es que vivían, pues para él eran una especie de examen del alma, por ende, podría juzgarlos moralmente, pues él consideraba que la sabiduría humana era una justificación moral.⁷ Esto explica por qué el *Moscardón* tenía la disposición de hablar y discutir con cualquier persona.

Como tercer tema está la noción de la libertad y la felicidad. Es preciso considerar que Sócrates creía que los hombres podían ser libres, sin embargo, el hombre libre era aquel que usaba su *psyjé* como una especie de autodominio, donde los autores ya mencionados entenderían que el alma alcanza la *eudemonía* o felicidad cuando te liberabas de todas las irracionalidades que te aquejan, cuando logras dominar tu racionalidad y ponerla por encima de tu animalidad.⁸ Esto es consistente con el personaje de Sócrates que conocemos en los diálogos de Platón, pues inclusive hasta el final de sus días (en la Apología), no renunció a su *daimon* (voz interior), ya que éste siempre lo empujó a dominar las pasiones que él sentía.

Por último, está la dialéctica: en sus operaciones dialógicas, Sócrates usaba técnicas como definiciones, conceptos, el procedimiento inductivo y deductivo. Estos no fungían como principios lógicos, sino éticos, pues con ellos

Sócrates cuestionaba fines morales o educativos, pues el *Tábano* buscaba que el interlocutor eliminara todos los prejuicios que nublaban su razón.⁹ Pese a que los autores que ya mencioné sostienen que las técnicas que usaba Sócrates eran primeramente éticas y secundariamente lógicas, yo considero que se alcanzan a notar los principios que luego Aristóteles sistematizaría: identidad, no contradicción y tercer excluso, además del principio de razón suficiente que postuló Leibniz. Por lo demás, es evidente que el propósito ético sigue existiendo en los diálogos que Sócrates tenía con la gente, pues estas discusiones eran rigurosas en el sentido de no perder un hilo conductor, el cual era que el interlocutor de la avispa ateniense no cayera en contradicción, llevándolo incluso a que hiciera malabares argumentativos para siquiera intentar seguir sus propios enunciados, como dice Pierre Hadot: “[Sobre las discusiones de Sócrates] Les sumía hasta tal punto en la confusión que en ocasiones podía llevarles [a sus oponentes] al cuestionamiento de su vida entera”.¹⁰ Su dialéctica tenía dos procesos, la ironía, que es una pretensión de no conocer, con la que hacía un doble juego, fingiendo decir algo que en realidad tenía intenciones ocultas, y la mayéutica, que ocurre cuando se seguía la argumentación del otro para, por medio de preguntas, demostrarle que había caído en contradicción o error.

Entonces, recapitulando todo lo que retomé de Sócrates, para él un hombre virtuoso es

⁷ Ibid., p. 160.

⁸ Ibid., pp. 154-155.

⁹ Ibid., pp. 159-160.

¹⁰ Hadot, Pierre, *Ejercicios Espirituales y Filosofía Antigua*, Madrid, Ediciones Ciruela, 2006, p. 81.

aquél que busca el conocimiento para conocerse a sí mismo, pues la *areté* es un fin en sí mismo. Por ello, para que uno sea virtuoso tiene que conocer su esencia y practicar, perfeccionar su alma; por lo tanto, un hombre virtuoso tiene que elegir libremente su racionalidad por encima de sus vicios; por consiguiente, el hombre virtuoso es aquel que está en orden consigo mismo, y así, es un hombre feliz aquel que encontró su guía o *daimon*, que lo empujó a todo este proceso antes descrito. Además, a Sócrates le encantaba cuestionar a la gente, pues a través de las pláticas les hacía un examen moral, usando su método mayéutico, que consistía en fingir ser un ignorante y por lo mismo pregunta a aquellos que se pronuncian como sabios, sólo para mostrarnos que fue toda una mentira, una ironía, pues el *Tábano* demostraba muy buena argumentación y conocimiento sobre los temas hablados con opiniones muy claras; mientras derrotaba a su oponente, demostraba que el contrincante era un verdadero ignorante, pues no tenía fundamentos contundentes para sostener sus opiniones.

Helenismo

Sócrates muere en 399 a.C. en su ciudad natal. Pese a que varios atenienses atentaron contra él al denunciarlo e incluso tras ser condenado a muerte en un juicio con la posibilidad de salvarse si renunciaba a su nacionalidad, él nunca se separó de su querida Atenas, pues algo característico de él era ese amor que sentía por su ciu-

dad. Pero ese hogar que alguna vez fue glorioso, con los años iría desapareciendo, pasando de una época de oro que se estaba acabando, a un periodo conocido como Helenismo (323 a.C.-31 a.C.). Tras la muerte de Alejandro empezaría oficialmente la época helenística y, con ello, esta sería una etapa de desorientación para los griegos, pues las ciudades-estados ya no estaban en su mejor momento.

Por otro lado, las escuelas socráticas menores serían fundadas por alumnos de Sócrates, griegos que fueron sus contemporáneos y que intentaron seguir las ideas de su maestro. Sin embargo, serían consideradas (algunas más que otras) parte del periodo helenístico, no sólo porque seguirían existiendo después de la era de oro hasta la caída de Grecia, sino que tendrían como temática principal la búsqueda de la felicidad, algo en lo que coincide con el Helenismo. Sin embargo, estas escuelas tendrían una aprobación inicial a costa de ganarse a enemigos del calibre de Aristóteles, pero, cuando la época helenista empieza como tal (recordemos que Alejandro, Aristóteles y Diógenes “el perro” mueren con pocos años de diferencia, como si fuera un símbolo de lo que vendría), ocurre que “ [...] en torno al año 300 a.C., tales escuelas quedaron notablemente eclipsadas por el advenimiento del escepticismo y, sobre todo, del estoicismo y epicureísmo, doctrinas que, por otra parte, son en gran medida deudas de tales escuelas socráticas”.¹¹

Por otro lado, hablando de los creadores, los tres fundadores de estas escuelas, pese a que

¹¹ Parain, Brice (Dir.), *Historia de la Filosofía Volumen II: La Filosofía Griega*, México, 2001, p. 245.

tuvieran de maestro a Sócrates, chocarían con muchas de sus sensibilidades. La razón que considero principal (que más adelante desarrollaré) es que estos alumnos habrán intentado continuar las enseñanzas de su maestro, pero se enfrentaron a una ciudad-estado diferente de la que tanto amaba Sócrates. Estos fundadores tomarían temáticas muy diferentes del ateniense, siendo Euclides de Megara el fundador de la escuela megárica; Aristipo de Cirene, de la escuela cirenaica; y por último Antístenes, la escuela cínica. Como breve introducción, una descripción de Anthony Arthur Long que me pareció muy certera. Escribe:

Existió en los comienzos del período helenístico una serie de movimientos filosóficos menores, todos ellos pretendiendo descender de Sócrates. [...] Son figuras desdibujadas [creadores de las escuelas menores], cuyas opiniones han sido conservadas sólo en ocasionales alusiones por escritores contemporáneos y los desabridos sumarios compilados en la antigüedad tardía. Mas ellos establecen tradiciones que anticipan ciertos aspectos de la Filosofía helenística y que influyeron en las nuevas escuelas o aun compitieron brevemente con ellas.¹²

Con esto, hay que entender que las ideas que rastreamos de los socráticos menores provienen mayoritariamente de testimonios dichos por otros autores, pues estos alumnos o bien no escribían o lo que escribieron se perdió. Dicho esto, reconstruiré las ideas principales de estos fundadores a partir del capítulo escrito por Jean Brun, en un texto titulado *Los Socráticos*.

¹² Long, Anthony Arthur, *La Filosofía Helenística: Estoicos, epicúreos, escépticos*, Madrid, Alianza, 1975, p. 18.

Escuelas menores

Empezaré con la escuela megárica que fue fundada por Euclides de Megara. Esta escuela se caracterizaría por sus juegos dialécticos, pues retomaba la dialéctica socrática. Por ende, este pensador era un maestro en las técnicas que usaba Sócrates. Sin embargo, la mayor distinción de Euclides, que se convertiría en la característica principal de su escuela, sería la problematización del Ser, pues éste se preguntaba si era posible predicar todas las características que tenía el Ser, y de aquello que no compartiera dichas características sería el no-ser. Sin embargo, las predicaciones que consideraba que se debían decir del Ser las llevaba a la última consecuencia, postulando que, si todas las cualidades que cierto Ser puede tener en sus accidentes, sólo por el hecho de Ser ya estarían en él. Por lo tanto, sosteniendo que si podemos predicar algo de un Ser, pero que el Ser en sí mismo tendría más predicados, algunos de los cuales por la poca amplitud del lenguaje no podríamos decir. En tanto lo anterior, el Ser tiene inevitablemente que ser, pues para Euclides no es posible predicar algo más, porque siempre se reducirá todo a “el Ser es”.

Además de Euclides, los demás megáricos seguirían los problemas sobre las predicaciones que le perturbaban a su mentor: Eubúlides quien creía que, usando los argumentos erísticos, podíamos concluir que la experiencia no nos llevaba al conocimiento verdadero, pues, según él, no se podía encontrar ningún predicado determinando ni sujeto determinado, algo

que Aristóteles criticaría fuertemente, pues los argumentos erísticos no eran más que juegos dialécticos. Así, Diodoro Crono criticaba la idea del movimiento, era enemigo de la lógica estoica, y veía que no existían distinciones entre reales y posibles, pues consideraba que lo único posible era lo real, lo cual también fue criticado por Aristóteles, pues Diodoro atacaría la falsedad de una de las tablas de la verdad, algo en lo que claramente Aristóteles era maestro; por último, Estilpón de Megara sostenía que los universales no existían, por lo que predicar algo de un sujeto terminaba llevando a decir nada, pues todo lo que es legítimo afirmar es lo mismo de lo mismo, algo que Aristóteles también criticaría, pues para él, discípulo de Platón, la experiencia no tenía que reflejar la realidad, algo en lo que estos dos chocarían.¹³

Con esto en mente yo interpreto que los megáricos creyeron que Sócrates había logrado la elevación de su alma con la dialéctica, pues por momentos parece que éstos proponen los ejercicios del habla como mejores cualidades que las otras que tenía el hijo de Sofronisco, pues alcanzo a notar que ellos intentan hacer los juegos dialécticos que tanto le encantaban al Sócrates de los diálogos de Platón, mezclándolo con ideas que, por la naturaleza de los temas que hablaban, serían hoy en día propuestas como dudas de un corte existencialista.

Después están los cirenaicos. Esta escuela sería fundada por Aristipo, nacido de una familia rica de Cirene. Su enfoque principal era la búsqueda de placer, pues su creador sostenía que

debías aceptar los placeres que venían a ti tal cual como venían, pues postulaba que los sentidos eran insuficientes para entender la realidad (importante recordar que para muchos filósofos antiguos los sentidos eran una de las máximas de la adquisición de conocimiento), pues estos no informaban de cómo eran verdaderamente las cosas. Algo parecido pensaba de las matemáticas, pues las repudiaba por no entender qué era lo bueno y lo malo. Con ello en mente es preciso decir que, si ni los sentidos ni las matemáticas eran los caminos indicados para regir vidas, lo sería el placer; en palabras de Jean Brun:

El placer es, para Aristipo, una experiencia positiva que no debería reducirse a la simple ausencia de dolor; en efecto, una sensación es un movimiento del ser sensitivo del hombre. Si este movimiento es violento, sentimos dolor; si dulce, saboreamos el placer; pero si no hay movimiento o si es muy débil, no sentimos ni dolor ni placer. Siendo el placer el fin natural que buscan todos los seres, debemos identificarlo al Bien; así, el fin de la vida es “un movimiento dulce acompañado de sensación”.¹⁴

Sin embargo, Aristipo no proponía la práctica en exceso de las pasiones, pues en varias ocasiones se le vio abstenerse de sus deseos, pese a poder disfrutar de los placeres que más le gustaban, nunca cometía nada malo para conseguirlos, penoso sí, pero no malo, pues en varias anécdotas que nos cuentan distintos autores, Aristipo estuvo metido en circunstancias que para el resto de griegos serían vergonzosas,

¹³ Parain, op. cit., pp. 246-252.

¹⁴ Ibid., p. 254.

pero para él eran tan sólo una forma de disfrutar sus placeres. Entonces, para el cirenaico, la felicidad era el sentido propio de la vida, siendo este sentido la búsqueda y aplicación del placer; por ende, la felicidad era el conjunto de placeres.

Por consiguiente, yo interpreto que Aristipo tomó el sentido de vida socrático, pues el hedonismo que practicaba no era vicioso ni dañino, sino que buscaba darle un sentido positivo a su vida. Al igual que, considerando que a él no le interesaba tanto la lógica, la dialéctica, la lingüística, ni mucho menos las matemáticas, porque él consideraba que el conocimiento era inútil para nuestras propias vidas, es evidente para mí que el fundador de los cirenaicos rechazó definitivamente todo aquello que no fuera el cuidado de uno mismo, la libertad del hombre y la eudemonía que Sócrates postulaba, cambiando la *ἐγκράτεια* (autocontrol) de Sócrates, por una *αὐτάρκεια* (gobernarse a uno mismo), algo que también harían las otras dos escuelas, aunque con Aristipo es más notorio.

En último lugar están los cínicos. Fue una escuela que tuvo como mayor virtud el uso de la ironía socrática. Esto se debe a que el fundador era un marginado, pues no tenía la nacionalidad de Atenas. Es racional entonces pensar que adquirió cierto rencor hacia los atenienses. Él perteneció a los llamados *νόθοι*, un grupo discriminado en Atenas, y con ellos fundó la escuela de los cínicos en lo que antes era un gimnasio llamado Cinosargos (perro blanco). Antístenes despreciaba el mundo de las ideas de Platón, la necesidad de predicar las cosas y la búsqueda de la verdad. Entonces en tanto a lo dicho

anteriormente, yo noto que él procuraba vivir con la virtud de ser como un perro, pues según él, practicando la virtud llegabas a la felicidad. Además, Antístenes sostenía que el individuo tenía que regirse por la virtud, puesto que practicar la virtud es practicar la felicidad (al igual que Sócrates y Platón), entonces, él como cínico y los que le siguieron, actuaban de formas extravagantes y poco morales con cierto fin: destacar las actitudes dañinas que los atenienses tenían.

Por otro lado, de Diógenes “el perro” sólo nos quedan sus anécdotas, pues sus escritos desaparecieron. Aun así se alcanza a construir una imagen filosófica de él, pues se sabe que odiaba a los hombres que se creían mejores porque vivían bajo las leyes, por lo tanto, era mejor vivir bajo la naturaleza. Por otro lado, Diógenes decía que él era un ciudadano del mundo, se reía de los nobles y los ricos. Además, algo que rescato es que para “el perro” el ser humano requiere de una disciplina física y mental, pues las cosas que habitualmente los atenienses consideraban como bienes son irrelevantes, pues los auténticos bienes son los naturales, los de los animales.

Ahora bien, hablando de los cínicos como grupo, María Daraki muestra, de forma increíble, que los cínicos vivían con una voluntad de “asilvestrar la vida” al salirse del mundo de los “hombres de bien” (hombres que en realidad eran los que estaban corrompiendo a Atenas), escapando por vías que los atenienses veían como de seres inferiores, de animales. Pero creer que esta forma de vivir es la bestialidad sería erróneo, pues detrás de estas alocadas acciones se logran ver lecciones de vida, pues

los cínicos se burlaban de las nociones atenienses.¹⁵ De hecho, es tan clara la burla que sólo basta con rescatar cómo se vestían Antístenes y Diógenes, ya que se despojaban de todos los paradigmas de belleza que los atenienses tenían, mostrándose como gente sucia, descuidada y despreocupada pues no les interesaban los bienes materiales. Esto podría parecer puramente anecdótico, pero quiero rescatar que a Sócrates también lo suelen describir con una apariencia espeluznante, ni siquiera el mismo Platón lo retrata con belleza, aunque esto no es en detrimento o defecto del *Tábano*, puesto que esta apariencia física llena de fealdad sólo era una fachada, pues Sócrates llegó a decir en varias ocasiones que era el alma de un hombre la que dictaba su belleza, así pues, él mismo se veía como alguien feo por fuera pero bello por dentro. En tanto que lo anterior, me atrevo a decir que los cínicos se influyeron de este pensamiento, no sólo para justificar su forma de verse sino su forma de ser con los demás, pues por más que “los perros” odiaran a los atenienses, necesitaban de su atención; si los ciudadanos no les hubieran hecho caso, todos los actos que cometían los cínicos serían pasados por alto y los verían como actos irrelevantes cometidos por gente sin importancia, por lo que para mí, los cínicos tomaban esa especie de invitación que Sócrates provocaba con su apariencia física, pero la llevaban a otro nivel, siendo la imitación de los dioses que proclamaban Antístenes

¹⁵ Daraki, María; Gilbert Romeyer-Dherbey, *El mundo Helenístico, Cínicos, Estoicos y Epicúreos*, Madrid, España, Ediciones Akal, 2008, p. 8.

y Diógenes el punto máximo de su ironía, de su descaro, de su cinismo. Esto queda perfectamente explicado por la autora ya mencionada:

La vuelta al animal se lleva a cabo por el camino que conduce a los dioses. El cinismo pone de manifiesto de una forma más que evidente la interferencia entre lo natural y lo sagrado, lo que convierte a la vida conforme a la naturaleza en algo distinto a un simple dejarse llevar.¹⁶

Con base en lo anterior, considero que los cínicos retomaron la virtud de Sócrates, pero le darían una vuelta, pues Antístenes preferiría vivir bajo el conocimiento de la naturaleza, bajo la vida contraria a la *polis*, y con esta virtud en mente buscaría la felicidad como su sentido de vida. Los cínicos, al sentir el daño que la sociedad ateniense provocaba, desarrollaron una actitud defensiva irónica hacia ellos, pues en sus múltiples anécdotas veo que se burlaban de aquellos que se hacían llamar los *Aristoi* o “los mejores”. Además, a los cínicos les gustaba ser irónicos, llegando al punto de ser sarcásticos; les encantaba llamar la atención, pues de todas las anécdotas que se conocen de Antístenes y Diógenes, se ve cómo ellos buscaban hacer locuras, pero no cualquier tipo de locuras, sino aquellas que fueran efectivas para escandalizar a los atenienses. Es por esto que su ironía se asemeja mucho con la de Sócrates.

Los cínicos se gobernaban a sí mismos, tenían carácter fuerte y nulo interés por las opiniones que los atacaban. Como dice Jean Brun: “[...] para él [Antístenes], los hombres de Esta-
¹⁶ Ibid., p. 12.

do elogiados en Atenas no le habían dado a ésta sino falsos bienes, como son la riqueza y el poder, que han evanecido a los hombres”.¹⁷

Estas son, a grandes rasgos, las escuelas socráticas menores. Es muy notorio cómo ninguna de ellas se parece a la otra, ni en la meta ni en las prácticas, aunque compartan fin, como el sentido de vida y la felicidad que tendrían los cínicos y los cirenaicos, sus métodos para llegar a ellos serían muy diferentes, pues los primeros buscarían apegarse a lo natural y alejarse lo más posible de lo griego, mientras que los segundos buscarían conectar más con el lado extravagante de los placeres griegos; o los megáricos y los cínicos, quienes compartirían la idea del hombre libre que Sócrates difundía, pero los primeros sostendrían que es a través de la mente que podemos entender al Ser y al no-ser (así lo interpreto yo), mientras que los segundos lo usarían para actuar acorde a la naturaleza, pues yo creo que los cínicos ven a un hombre libre como aquel que se liberó de las ataduras de la ciudad-estado. Queda claro que estas escuelas no practicarían los mismos principios socráticos, pero no por ello son completamente diferentes, pues como dice el autor que anteriormente mencioné:

Por divergentes que hayan podido ser las direcciones seguidas por cada una de ellas, es muy posible encontrarles un punto de partida común: la tentativa de desviar la ἐγκράτεια (encrateia) socrática hacia una αὐτάρκεια (autarquía) que define el sabio como capaz de ser autosuficiente [...].¹⁸

¹⁷ Parain, op. cit., p. 261.

¹⁸ Ibid., p. 245.

Yo interpreto esto como que las tres escuelas al final si querían encontrar la felicidad, pero por distintas vías. Con ello pienso responder a la pregunta que deje atrás en el texto, para mí, ¿cuál sería la razón de que estas escuelas se diferenciaron tanto si provenían de un mismo maestro? La razón que considero más fuerte en ellos, es el contexto que los tres fundadores atravesaron, pues cada uno vivió una realidad diferente, aunque ciertamente tuvieron que enfrentarse a la incertidumbre de la Atenas gloriosa que se estaba transformando en la Atenas helénica, la ciudad-estado los había dirigido hacia aspectos muy diferentes, pues Euclides, Aristipo y Antístenes no provenían del mismo lugar; el primero viene de Megara, una ciudad rival de Atenas; el segundo de Cirene, una ciudad de ricos, y el tercero de la parte más marginal de Atenas. Considero que Sócrates despertó una parte de ellos que se relacionaba con su contexto, pero también con sus almas individuales, pues yo alcanzo a notar cómo comprendieron lo que les dijo su maestro, pero decidieron quedarse con lo que más se apegaba a su esencia.

Referencias

- Aristófanes, *Las nubes*, Madrid, Alianza, 2003.
- Daraki, María; Gilbert Romeyer-Dherbey, *El mundo Helenístico, Cínicos, Estoicos y Epicúreos*, Madrid, España, Ediciones Akal, 2008.
- Diógenes Laercio, *Vidas de los más ilustres filósofos*, Madrid, Alianza, 2007.
- Hadot, Pierre, *Ejercicios Espirituales y Filosofía Antigua*, Madrid, Ediciones Ciruela, 2006.
- Jenofonte, Cap. VIII, *La vida y doctrina de Sócrates*, Valencia, Prometeo, s.a.
- Long, Anthony Arthur, *La Filosofía Helenística: Estoicos, epicúreos, escépticos*, Madrid, Alianza Editorial, 1975.
- Parain, Brice (Dir.), *Historia de la Filosofía Volumen II: La Filosofía Griega*, México, 2001.
- Platón, *Diálogos*, México, Porrúa, 2013.
- Reale, Giovanni; Dario Antiseri, *Historia de la Filosofía 1. Filosofía Pagana Antigua*, Bogotá, La Scuola, S.p.A., 2007.

